



LOS INTELLECTUALES TORNAN A CRISTO

JACOBO OLRİK

Nacido en Heide (Jutlandia - Dinamarca). Cursó los estudios humanísticos en el instituto de Odense; estudió luego derecho en Kopenhagen y desempeñó algún tiempo el cargo de asesor en Koge. Más tarde, ya convertido, estudió la Teología en Paderborn, Innsbruck y Roma. Recibido el presbiterado, fué nombrado Vicario en la Iglesia del Rosario de Kopenhagen y posteriormente secretario del Obispo de Euch. Actuó como delegado danés en la liberación de los prisioneros de guerra deportados a Siberia (1917-18). A la muerte del Obispo de Euch fué nombrado Provicario apostólico y finalmente párroco de Kolding y Fredericia. El 1923 recibió el título de camarero honorario de Su Santidad.

Mi padre fué Pastor de la iglesia evangélico-luterana, protegida por el estado danés y denominada ordinariamente "iglesia popular". Su parroquia se encontraba en la isla Fionia, en su península septentrional de Hindsholm, región feraz y risueña sembrada de caseríos techados con paja, de jardines, bosquecillos y collados con vistas al vecino mar: el gran Belt, la ensenada de Dalby, el Kattegat y la bahía de Odense.

La casa parroquial era espaciosa, severa en su interior por el rancio estilo de su heredado mobiliario, y al exterior, encuadrada en un marco de yedra, clemátide y rosas amarillas y rojas. Ni le faltaba el adorno de magníficas parras que casi todos los años maduraban su cosecha. En un extenso jardín que la rodeaba había manzanos, perales, ciruelos, frambuesas, grosellas, limoncillos...

Las vacaciones veraniegas resultaban deliciosas con sus baños, excursiones en coche, la alegría de los invitados, las danzas, cantos y juegos. Ni faltaba con todo una buena dosis de piedad. ¿Quién podría desear del buen Dios dicha más cumplida? Pues a pesar de todo **yo echaba de menos algo** que, por entonces, ni yo mismo hubiera sabido determinar.

Mi padre regentaba dos iglesias de venerable antigüedad. Las dos procedían de la católica edad media. El por su parte no se pronunció por ninguna tendencia protestante en particular, ni por la llamada "Misión interior" ni por el Grundtvigianismo, si bien se aproximaba a este segundo

con su **tendencia católica**. En su juventud había pasado un invierno en Roma, donde recibió impresiones profundas, quizás más profundas de lo que él expresaba. De las paredes de casa pendían hasta diecisiete cuadros de contenido marcadamente dogmático. Ciertamente tenían también su valor histórico, pero aun en su condición de motivos ornamentales señalaban una dirección espiritual bien marcada, siquiera fuese inconsciente. Prácticamente sin embargo se hallaba muy lejos de la Iglesia católica.

Debo recordar que mi padre era honrado, bondadoso, claro y lógico en su pensar. Precisamente por esta última razón quedó estancado prematuramente su desenvolvimiento religioso, ya que Lógica y Protestantismo no pueden ir juntos por mucho tiempo. Un teólogo luterano danés llegó a decir: "Quien pretenda ser lógico se ha de hacer o loco o católico". Enfermó cuando yo tenía dieciocho años y cayó en una irritabilidad exacerbada que dificultaba sobremanera todo cambio serio de pensamiento.

Séame permitido indicar otras dos impresiones de mi juventud. Mi padre era bastante buen pianista, pero su voz no pasaba de regular. Sin embargo tocaba y cantaba con una tal expresión de su interior, profundo sentimiento, que rara vez he oído cosa parecida. Sentado en cierta ocasión a su lado junto al piano contemplaba a través de la ventana, por un claro que dejaban en el jardín las ramas de los árboles, el arrebolado cielo vespertino, y en aquel arrebol me pareció contemplar retratada la tierra de la verdadera felicidad.

Posteriormente, una noche de Navidad, me hallaba sentado junto a mi padre y observé con extrañeza la complacencia con que contemplaba las sombras que el pino navideño proyectaba en el techo, ya claras, ya oscuras a medida que se iban apagando los cirios. Puedo asegurar que aquella noche no me hallaba de mal humor. Pues bien, al ver aquello dije para mis adentros: "No, no, aquí no se encuentra la verdad; esta no puede ser la verdadera vida".

Mi madre era jutlandesa, y yo mismo nací en Jutlandia, en la ciudad de Heide. Como auténtico jutlandés siento una repugnancia enorme a verme víctima de cualquier engaño o trampa. Encontrarme al fin de la vida entre los bobos, eso, de ninguna manera. El cielo ha sido siempre el fin de mis decididos esfuerzos. ¿El infierno? Por nada de este mundo!

Mi primer contacto con la Iglesia católica tuvo lugar en Odense, donde frecuenté el Instituto. Desde mi ventana podía curiosear la escuela católica, donde las Hermanas de S. José educaban a los niños. Con un espejo enviaba el reflejo del sol al interior de la clase, donde le hacía danzar divertidamente. ¡Maldad pura! Más tarde, cuando estudiaba Derecho en Kopenhagen, oí al jesuita P. Breitung conferenciar sobre el Darwinismo. Me impuso gran respeto.

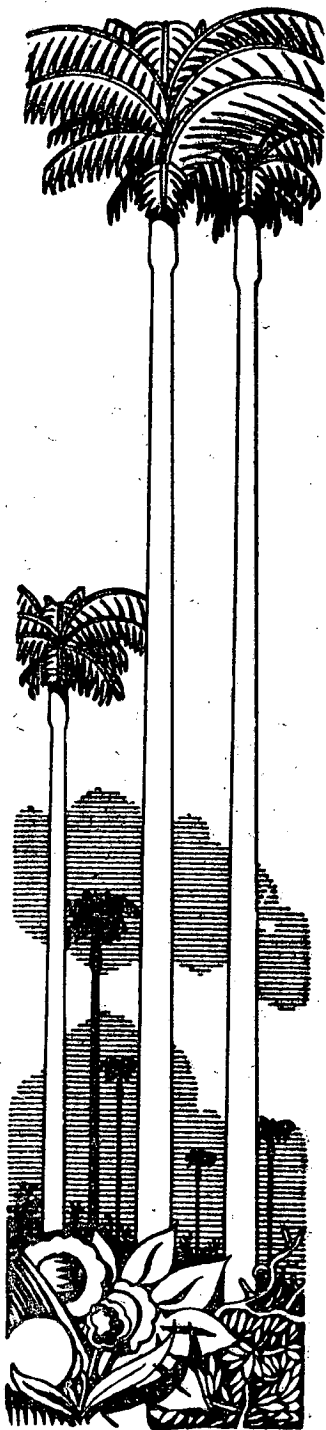
Más especialmente comenzó a guiarme la gracia de Dios por medio de una vulgar hoja semanal ilustrada, que reproducía una copia de la **Sábana santa de Turín** y a la vez el retrato del Señor descubierto poco hacía por medio de la placa fotográfica negativa. Me resultaba evidente que este retrato era algo extraordinario, y mis conocimientos tanto anatómicos como pictóricos me demostraban que no podía tratarse de una falsificación. No es esta la ocasión de probar la autenticidad de la imagen. Ella en todo caso (hablo de la fotografía no de sus copias defectuosas) fué la estrella que me condujo al Catolicismo. Era la fotografía obtenida por el jesuita P. Sana Soloro, la mejor de todas.

Sólo dos años más tarde tuve ocasión de ocuparme detenidamente de la imagen de Turín, lo que me hizo trabar relaciones con el secretario del Obispo católico de Euch, Enrique Gamel. Algo me sorprendió en él: la seguridad, amabilidad y naturalidad de su carácter. Esto despertó en mí la curiosidad de conocer el Catolicismo. **Estaba acostumbrado a ver en el Catolicismo pura bobería.** Pero entonces me eché la cuenta: cuando un hombre es muy tonto, puede acaso imponerse algún tiempo valiéndose de medios terrenos, económicos; pero a la larga necesariamente le ha de ir muy mal, particularmente si se halla al frente de grandes empresas. ¿Cómo es pues posible que la Iglesia católica perdure indefinidamente? Este era el gran enigma, el que me decidió a aprovechar la primera ocasión para estudiar el dogma católico, por si lograba resolverle.

Otra circunstancia me fué disponiendo para la aceptación de la fe católica. Siempre en mi vida de protestante me atormentó una impresión **ingrata de estrechez mental** y muchas veces pensé en la manera como me sería dado libertarme de aquel encarcelamiento. Mis repetidas tentativas y esfuerzos habían tenido muy menguado éxito. ¿No existía, pues posibilidad ninguna de salir de mi propia pequeñez? Al fin, la duda de si la guerra al menos la defensiva, le era permitida a un cristiano, me había llevado a pedir especialmente la iluminación del Espíritu Santo. Reconocía que mi esfuerzo personal podía conducirme igualmente al error que a la verdad. Queriendo entonces emprender la búsqueda de la verdadera religión, puse toda mi esperanza de un feliz éxito en la oración. Si yo pedía al Señor de todo corazón el conocimiento de la verdad y fuerza para seguirla, me parecía evidente que no podía dejar de escucharme. Confiaba especialmente en el auxilio del Espíritu Santo, el cual siguió siendo en mi vida posterior objeto de mi especial devoción.

Siendo asesor, la divina Providencia me llevó a la pequeña ciudad de Koge. A la misma había sido trasladado poco antes el sacerdote católico F. Maurer. Le hice una visita, en buena parte con la intención de meterle en un aprieto con mis dificultades. Pero de seguida me ví ante la **superioridad de la Teología católica.** Por largo tiempo estudié la manera de echar por tierra los razonamientos de mi adversario, o zafarme de sus conclusiones; pero al fin hube de declararme vencido. Quise sin embargo esperar un año entero, por ver si lograba descubrir en la doctrina católica algún engaño o punto flaco, por el que me fuera dado descantillar siquiera el edificio de la fe católica. Todos mis esfuerzos fracasaron. Al fin, apoyado por la oración de muchos buenos católicos, me resolví a dar el paso decisivo. Me decía la conciencia que, sin peligro de mi salvación, no podía diferirlo por más tiempo.

De esta manera vine a dar con la tierra de la felicidad, la que en otro tiempo había visto resplandecer a través del ramaje, teñida en sangre y oro. Han pasado desde entonces veinticinco años felices. No me engañé. Las fronteras de nuestros conocimientos, estrechas de suyo, muy estrechas, se ensanchan maravillosamente a favor de la gracia de Dios. La razonabilidad de la religión católica me ha permitido contemplar las profundidades de los grandes problemas bañadas en una claridad sorprendente. La profunda impresión que en otro tiempo me hizo la imagen del Señor grabada en el lienzo de Turín, persistió viva a través del resto de mi vida. ¡Concedanos el Señor en su bondad la gracia de contemplarle al fin cara a cara!



El día 25 de Marzo de 1943, fiesta de la Anunciación de Ntra. Señora recibió la consagración episcopal en la Iglesia Metropolitana de Caracas, **Mons. Nicolás E. Navarro, Obispo Titular de Usula.**

Llega el **Dean caraqueño** a la dignidad episcopal cargado de los méritos más variados; y en el ánimo de los expectadores capitalinos, que presenciaron y aplaudieron, el día 25, su paso de la Iglesia Metropolitana al Palacio Arzobispal, se ha realizado uno de esos homenajes, cuya oportunidad y cuya justicia está en la conciencia popular.

Mons. Navarro pesará en la Historia como uno de los eclesiásticos más ilustrados, austeros y apostólicos de la Iglesia venezolana.

En su larga y fecunda vida sacerdotal Mons. Navarro:

Ha regido como párroco las Iglesias de Macuto, Maiquetía y Santa Rosalía;

Ha dirigido el Seminario de Caracas durante 11 años;

Ha sido Director de "La Religión" durante 17 años;

Dean del Capítulo Metropolitano desde 1913;

Protonotario Apostólico desde 1912;

Notario del Concilio Plenario de la América Latina, 1899;

Secretario de varias Conferencias Episcopales;

Vocal del Consejo Nacional de Instrucción;

Decano de la Facultad de Ciencias Eclesiásticas de la Universidad Central;

Vocal del Consejo Universitario de la Univ. Central;

Vicepresidente de la Academia Nacional de la Historia;

Individuo de número de las Academias de Ciencias Políticas y Sociales y de la Venezolana de la Lengua, Correspondiente de la Española;

Presidente de la Sociedad Bolivariana de Venezuela;

Vicario General y Provisor de la Archidiócesis de Caracas desde 1941;

Obispo Titular de Usula, 1943.

En el amplio catálogo de sus obras sobresalen las de carácter histórico; y nosotros podemos garantizar, por experiencia propia, que en el extranjero es considerada y admirada esa literatura histórica, que juntamente con las eruditas notas, dispersas en los libros de Caracciolo Parra León, constituye el arsenal básico, de quien quiera realizar la Historia Eclesiástica de Venezuela.

El Santo Padre ha coronado con la plenitud de la dignidad sacerdotal una vida fecunda, austera y apostólica.

Ad multos annos.

M. A. E.